

LADISLAO GRYCH

## OS LLEVARÉ A MI TIERRA <sup>(10)</sup>

Por aquellos que creen en la nueva vida  
que resurge en la tierra del Señor.

Me inquieta la liberación, tanto la personal como la de los pueblos.  
Luego de la Fiesta del 25 de agosto (1993), en Metán, comienzo con este  
texto; aún me doy cuenta de que el mismo nace a un año del escrito sobre  
san Francisco, en Sarandí del Yí.



## PREFACIO

Los obispos latinoamericanos, en el Mensaje a los Pueblos de América Latina y el Caribe, se expresan de esta manera: "Grandes mayorías de nuestros pueblos, padecen condiciones dramáticas en sus vidas. Así lo hemos comprobado en las diarias tareas pastorales, y lo hemos expresado con claridad en muchos documentos. Así cuando sus dolores nos apremian, resuena en nuestros oídos la palabra que dijo Dios a Moisés: 'He visto la aflicción de mi pueblo, he oído sus gritos de dolor. Conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado para hacerlo subir a la tierra espaciosa y fértil'". Ex (3,7-8), (SANTO DOMINGO, p.36)

Estas palabras son un aporte inspirado, muy valiente, frente a la realidad de nuestros tiempos; es que al compararla con lo que vivieron los israelitas en Egipto, se muestra un nuevo camino, y a cada actitud relacionada con el Proyecto Divino la podemos considerar como una nueva Gracia, por lo que podría ver nuestro continente, quizás en un tiempo próximo.

No es nada nuevo hablar de un pueblo esclavizado desde hace quinientos años; aún, hubo aquellos que entregaron su vida por la liberación de los pueblos. La historia, a la vez, anota muchos fracasos, si es que lo son; y todo es importante en un largo camino de los cambios. La realidad de hoy, se aclara por las de ayer, como si las anteriores preparasen el camino para la que viene.

En medio del camino, se van uniendo la experiencia con la maduración, para comprender mejor nuestro tiempo. Lo que habíamos vivido, nos prepara para que asumamos el lugar de nuestro pueblo, con su herencia de esclavitudes que tienen su fundamento doctrinal y hasta religioso.

La historia nos pone frente a un pueblo esclavizado que casi

no tiene perspectiva que le abriría las esperanzas; nos sitúa ante un pueblo confundido, no obstante, creyente; y si busca su liberación, es porque cree en el Señor, Padre de nuestros padres. Por eso, guarda la inquietud de los cambios que el Señor proyectaría; y se habla cada vez más que Él mismo enviaría a los servidores de la liberación, y la palabra, la que deben anunciar, estará pronunciada en un tiempo justo.

La decisión de escribir sobre Moisés, ya es un atrevimiento; pero la reflexión espiritual se aclara, al tener en cuenta los pasos del pueblo guiado por él, que cumple lo que el Señor le dice. Moisés y su pueblo son un gran paso en medio del proyecto del Señor, tan fuerte que no se limita en el pasado, sino que sigue creciendo; y nuestro tiempo sería apropiado para aquel acontecimiento, que no sólo recuperaría su frescura, sino que inspiraría una realidad muy grande, del Señor con su pueblo.

Nuestro pueblo reconoce su esclavitud, y se muestra triste; pero a la vez, su fe queda inquebrantable; si no es de todos, por lo menos, de muchos hermanos que, de este modo, están en el Proyecto de la Salvación; porque es cierto que el Señor ve la realidad, y escucha el clamor de su pueblo.

El ensayo sobre Moisés debe despertar cierta inquietud, pues al estar atentos, podemos llegar a ver nuestra realidad con los ojos del Señor, para comprenderla; y si les digo que nuestro tiempo nos abre a una esclavitud aún más grande, parezco una voz sin fundamento; de todos modos, estemos dispuestos para oír nuestro corazón, para ver humildemente la realidad; si la vida es aún más difícil y más compleja, la liberación sería más evidente aún; pero siempre, en la hora del Señor y según sus principios, porque Él tiene su tiempo, su modo, y sus enviados; y lo pueden ver los que tienen fe.

Es que la verdadera liberación tiene su propio camino contra todas las esclavitudes del mundo.

## 1. FUI UN ESCLAVO

### a. NACÍ EN LA TIERRA DE UN DIOS EXTRAÑO

Uno nace en tierra extranjera, donde el Señor es extraño, y es difícil estar en paz, para proyectar el futuro.

No obstante, el Señor nos sorprende, porque la voluntad del hombre no es eterna.

La esclavitud, por más fuerte que sea, tiene sus grietas por donde entra el Agua del Señor que levanta las piedras.

No puede ser que el hombre confíe en el Señor, para hacer su propia voluntad.

¿Quién es más esclavo, el pueblo que sufre, o aquellos que se consideran dueños del mundo, al crear la esclavitud?

Pero el Señor se ocupa del pueblo, dejando que los grandes se caigan solos.

La vida en las manos del Señor, halla lo necesario; y en los momentos justos, vienen los acontecimientos y las personas; por eso, mi vida resurge en medio de una gran esclavitud.

El agua fue y es para mí, la salvación, y no me hundí en sus profundidades; mi vida flotaba en un pequeño espacio, sobre el agua que me llevaba por el camino del Señor; tan sólo fui llevado por el Agua más fuerte que el río, y Él estaba, y su Espíritu bendecía un camino abierto del Señor.

Nací en la casa de los oprimidos, pero el Señor me salvó de los que esclavizan; ¿por dónde me lleva Él, mi Dios?

En mi corazón está guardado lo que vivieron mis hermanos, lo que supe comprender, al vivir mi verdadera esclavitud.

¿Quién es más esclavo, el oprimido o el que esclaviza?

En fin, hay que estar envenenado para poder esclavizar a los demás; y podía comprobarlo en mi propio ser.

Pasan los años; vivo en un mundo extraño, mientras el Señor

me resguarda con su Sabiduría; la despierta en mi corazón,  
para enfrentar la ley de los hombres.

Mi corazón sufre; pues está convencido de que el hombre no  
debe esclavizar las vidas de sus semejantes.

¿Por qué es tan perverso?

Aun aprendo la sabiduría con los principios de Dios, pero al  
servicio del hombre, a quien obedecen los pueblos y dioses.

Estoy en un mundo con leyes extrañas, mientras mi pueblo  
sufre; y me siento uno con mi pueblo.

Me enseñaron a un dios que asume la esclavitud; un dios  
para el hombre que esclaviza.

Lo veo con mis ojos, lo contempla mi corazón; aún pregunto  
por el Dios verdadero, a quien deseo para mi pueblo; un Dios  
que no esclaviza jamás.

#### b. ¿CÓMO EL SEÑOR IBA A ESCLAVIZAR?

¿Cómo el Señor se prestaría para esclavizar un pueblo?

¿Dónde estaría ese Dios?

Agradezco al Señor por mi tiempo de rebeldías.

Antes no entendí por qué el Señor aceptaba la realidad de mi  
pueblo; ahora me cuesta comprender aún más; pues, ¿cómo,  
en el nombre de dios, se puede esclavizar a otros?

Sin embargo, la vida es testigo.

¿Dónde está el Dios verdadero?

Los esclavos oprimen a los pueblos.

La esclavitud es más que una epidemia que corrompe en su  
caminar lento.

La religión puede proyectar la esclavitud, como el agua sucia  
que proyecta enfermedades.

El hombre sabe ponerse al servicio de la esclavitud.

En un camino casi sin retorno caminan los hombres esclavos,  
como si las cosas debiesen ser así, para siempre.

Salí de un pueblo muy oprimido para vivir en el pueblo que esclaviza; he caminado entre los pueblos; así mi Señor me iba preparando para la verdadera libertad.

La religión que crea a los esclavos, no puede ser eterna ni verdadera. La esclavitud es de los hombres, no es del Señor. Si el hombre ve otra cosa, es porque su corazón lo entiende de este modo, por ser distorsionado.

Cuando el Señor abre el corazón y lo enciende, entonces, en su profundidad comienza a brotar una vida tan libre como el correr del agua en el cauce del Señor.

Los esclavos crean la esclavitud, la justifican; ellos tienen un dios que oprime, quien está en sus corazones.

La esclavitud penetra su interior, como el barro, se adueña de ellos; aún parecen fuertes y con su poder quieren cubrir la tierra; creen que les pertenece, mientras esclavizan.

Hay muchas esclavitudes en el mundo donde vivo; por eso, son muchos que buscan el poder.

La venganza se justifica, es como si fuese justa.

El hombre va como desenfrenado en sus sentimientos y sus ambiciones; la vida es tan rara para mí.

Si bien, en parte estoy en este mundo, mi corazón por dentro aguarda otra realidad.

Creo que el Señor me protege quizás para ver aún más, al hombre y al mundo verdaderamente esclavos.

En mi corazón se enfrentan las dos realidades; no obstante, el Señor me salva y no permite que me hunda.

Pues, si debo cruzar el camino, Él está conmigo, me sostiene con su brazo.

Hubiese podido hundirme en medio de la esclavitud, porque el barro es profundo en la tierra de las sombras, y vivir como muchos, aún seguir el camino de las ambiciones; poner por

encima de todo a mi futuro glorioso, si es que la gloria del hombre puede servir; aún, podría calcular mi futuro con intrigas, aprovechar los tropiezos de los adversarios, para pensar en un gran Egipto donde protegen la esclavitud al servicio de los grandes. Todo se presta para que lo haga y me ayuda a vivir soñando; sin embargo, hay alguien que impide mis sueños del mundo; es el Señor que lo hace.

Mis raíces quedan allí; a pesar de que mi árbol toma distinta forma, mis raíces parten de mis hermanos oprimidos. Y si por algún tiempo, me olvido de ellos, hundido en mi vida, luego vuelvo más aún, muriéndome por dentro, sin paz. Así pasa el tiempo, mientras crece la guerra que se anuncia; no sé qué es lo que viene, pero lo presiento, y casi lo espero.

### c. ENTRE MI PUEBLO Y MI VIDA

Mientras sueño en mi futuro, me veo aún más hundido, Llevo mi guerra en medio de mi proyecto en un mundo cruel; sigo esforzándome cada vez más débil en mi respiro, porque el pasado me ahoga, me confunde.

A veces me rebelo, otras veces me da vergüenza.

Todas las vivencias flotan; y los que me ven, me lo hacen sentir casi humillándose; así camino entre mi pueblo y mi vida, y lo guardo en la profundidad de mis raíces.

Ando disperso, con miedos; mientras más miedos tengo, más debo enfrentarlos; aún sigo mi vida tormentosa, llena de recuerdos y aspiraciones; no sé cuanto tiempo, pero parece interminable.

Veo las ciudades construidas por mis hermanos; es que están impregnadas de sudor, de sangre, mientras mi interior queda impenetrable en medio de mi confusión.

Hay cosas que me pesan; hasta las quise borrar, pero rebrotan como la humedad en las paredes enfermas.

Tuve bien marcado mi futuro; pero el pasado me lo impide, es cruel y exigente; por eso vuelvo a mis hermanos.

Aún vuelvo a mis hermanos; me parecen diferentes y creo que yo, distinto a ellos; hay algo que nos une, y a la vez, nos vemos distantes; y yo, al venir, huyo de mis hermanos.

Ellos me reciben, a pesar de que mi vida para ellos, es como una traición; estoy con aquellos que protegen la esclavitud, por eso, no nos entendemos ni podemos ayudarnos; y no sé cómo podría ayudarles.

Sin embargo, los busco, como se buscan cosas perdidas.

¿Cómo podría ayudar a mis hermanos?

¿Sabrán ellos que les quiero ayudar?

¿Me entenderán algún día?

En fin, ¿por qué me preocupo de que ellos me comprendan, si yo mismo no me comprendo?

Camino entre las construcciones marcadas con la sangre de mis hermanos, yo, perdido en un mundo triste.

Sigo enfrentado entre las dos partes; aún, no hay quién me entienda ni que me ayude, y las exigencias de ambas partes parecen justificadas; ¿con quién puedo compartir mi dolor, mi pena?

No creo que me comprendan, ni lo espero; en una vida tan solitaria entre tanta gente, sigo mi camino.

Creo que el Señor tiene algo pensado para mí; si me liberó de la muerte y me salvó de las aguas, tiene algo para mí.

No comprendo, Señor, mi camino que aún es tuyo.

No entiendo por qué mi vida está hundida, ni sé qué hacer; y sigo perdido entre mis ambiciones que me llevan y me agitan como el viento; aún, hay presiones por todos lados, todos exigen y yo, sin ver qué hacer.

En fin, no sé si busco la libertad de mi pueblo; a lo mejor, sigo buscando mi libertad.

#### d. MI PUEBLO YA NO CANTA

Si mi vida es ésa, es porque así debe ser.  
Y ya no sé hacer ni siquiera un paso, pues hubiese sido promovido por mis rebeldías; por eso, prefiero esperar.  
No busco comprensión ni la voy a encontrar; es que lo que hallaría, sería mi justificación y otras veces, me culparía aún más, y no quiero golpearme entre mis juicios y culpas, sino que tan sólo busco al Señor.

Señor, sé que debo estar en el lugar donde estoy: es previsto por ti, en el camino que tú comprendes, mientras adelantas mi paso en medio de mis oscuridades.  
Me haces ver mi realidad y a mí me queda el silencio; porque mis gritos no cambiarían nada, me confundirían aún más.

Mi vida es extraña, sin raíces; ya no vivo donde nací; como desarraigado, llevado por el viento.  
Esa vida me lleva; ¿hacia dónde?  
Muy lejos o quizás, me deje en una de las costas cercanas.  
Entonces, no seguiría más en la corriente, no me quedaría en el lugar que me corresponde.  
Sin embargo, tú, Señor, hasta en eso me vigilas.

Mi pueblo no canta ni hay fiestas que le diesen alegría.  
Está cansado de esperanzas; ya no las hay en este mundo de la opresión; pasaron muchos años de una vida dura, triste.  
No hay quién sueñe en la libertad; sólo los mayores la traen contando, recordando otros tiempos.  
Parece que la memoria tiene vida, aún despierta un pueblo casi muerto; de veras, lo va despertando.

Sigo sumergido en las raíces de mi pueblo.  
Jamás me olvido de él, siento su tristeza y resignación.  
El sufrimiento es grande; desde los más pequeños hasta los

ancianos, y su vida, totalmente sometida y humillada.  
Ellos tan sólo sirven porque trabajan.  
Valen mientras trabajan y si no rinden, ¿para qué vivir?

Nací en un pueblo oprimido.  
El Señor me salvó, pero no sé liberarme de la opresión; ella  
es como una sombra que llevo conmigo.  
Si mi vida se despierta con el sol, la sombra no desaparece ni  
siquiera a mediodía.  
Es que la opresión ya es parte de mi corazón.  
Y si aún, el Señor me prepara; ¿qué es lo que tiene para mí?

Pero, ¿si no llevase la esclavitud en mi corazón, contra quién  
pelearía por tanto tiempo? ¿Contra quién me esforzaría, para  
buscar nuevos recursos, nuevas fuerzas?  
No podría soñar en la liberación, si mi corazón no luchase.



## 2. EL DESIERTO

### a. UN CORAZÓN REBELDE

¿Por cuánto tiempo se puede vivir como esclavo en su propio corazón? No lo sé; no obstante, algún día, aún debo buscar alguna salida; quizás, no sería la más clara ni la mejor.

A veces, sería como una nueva esclavitud; y si bien, podría llevar un nuevo modo de vivir, con el tiempo, podría pesar como una carga aún más grande.

Mientras vivo en el mundo de las esclavitudes, mi corazón se rebela; pero, ¿adónde ir?; ¿y qué es lo que podría ocurrir, quizás, no tan lejos, lo que vendría aún más temprano de lo que uno puede prever?

No se puede vivir por mucho tiempo, con el corazón en dos partes, ni estar en dos lugares a la vez; no sólo no habrá paz, sino que surgirá la guerra.

¿Por dónde me conduce la guerra que llevo en mi corazón? Quizás, hasta el fin y casi me destruye.

Sin embargo, parece que el Señor está conmigo; es que es mi Salvador, no me abandona; aún quiere que camine en medio de mis guerras, y que las mismas me llevan a los extremos; es que vivo mi propia guerra y la de mis hermanos.

Ellos están para servir, y sólo entregan sus fuerzas; los tratan peor que a los animales; y si mueren, ¿a quién le importa?; los sigo viendo con mi corazón herido desde mi nacimiento, y me enfermo aún más.

Te agradezco, Señor, por la sensibilidad que me das, por no haber olvidado mi pasado, a mis hermanos y mis padres; por haberme sentido como hermano, a pesar de que eso me causa mucho dolor y tanta guerra.

Si bien no sufro escasez, mi vida por dentro es más que una miseria; pero para ayudar a mis hermanos, debo llevar en mi

interior el dolor de ellos.

La sensibilidad me lleva a identificarme con mi pueblo; no son las cosas exteriores las que nos unen, sino el corazón que puede vivir lo mismo y aún llorar.

Sin esa vivencia, no hay acercamiento ni comprensión; sin una profunda vivencia, los gestos y actitudes serían como el juego de un actor; a pesar de que algún día, el actor podría jugar su propio rol; porque hay un camino por donde pasa la vida que podría transformarse.

¡Cómo no sentir el dolor, si mis hermanos lloran y mueren, sin esperanzas ni futuro!; ¡y cómo no sufrir la guerra de los que pierden paz y paciencia, aún arrojados al suelo, en medio de su miseria! ¡Pues la esclavitud como cáncer desgasta su vida en la lucha por vivir, que aún busca los recursos para una vida que sigue apagándose!

¡Y yo, lejos de ellos, sin poder hacer nada, en la hora crucial!  
¡Cómo no sentir el dolor y el deber, yo, uno de los perdidos en esa lucha!

La supervivencia viene como el último recurso; es una gracia para este tiempo, cuando el hombre suele pensar en cualquier cosa; ¡cómo no sufrir y no llorar!

La muerte de mi hermano maltratado fue la gota; alguna vez, debía ser la última, para concluir con lo que iba anticipando un nuevo rumbo; por algo, yo necesitaba llegar hasta aquí; si el modo me sorprende, yo debía dejar este mundo; pues el Señor quiso que saliese de esta tierra.

Fue mi primera liberación; El Señor lo quiso; entonces salí sin gloria, huyendo, para buscar un refugio en algún lugar, donde nadie me alcanzase ni intentase actuar contra mí.

Yo, huyendo, sin embargo, el Señor me hizo salir.

No sé si hubiese salido de otro modo; no lo sé.

Me parece que no hubiese hallado mis motivos; creo que por mi cuenta no lo hubiese hecho nunca.

El Señor quiso que saliese; entonces, utilizó mi impaciencia, mi intolerancia, mi violencia y mis miedos; quiso que viviese por alguna causa, en la cual yo ni siquiera pensaba, a pesar de que soñaba en la liberación de mi pueblo.

Aún me parecía que, en alguna cosa, pudiese ser útil para mi Señor.

Muchas veces pensé en eso, preguntándome si hubiese salido de Egipto, sin sentirme forzado por las circunstancias.

Veo que me hubiese quedado allí; pues mi corazón tenía sus aspiraciones que me confundían, en el camino que el Señor había elegido para mí desde siempre.

Debí salir, y Él aprovechó mi debilidad, porque de ese modo, yo podía escucharlo.

Por aquél tiempo, sólo quise salvar mi vida, mientras Él tuvo su Proyecto; pero debí pasar por el desierto.

## b. SE ABRE EL DESIERTO

Entonces, se abre el desierto para un fugitivo con el destino casi imprevisible.

Los miedos me llevan; aún busco el refugio en medio de los vientos, cuando el frío y el calor colman las distancias.

El desierto casi no tiene límites, ¿y quién querrá cruzarlo?; tan sólo aquellos que toman previsiones y aún calculan las dificultades que deben enfrentar.

Y yo estoy tan sólo huyendo, ¿hacia dónde?

¿Qué destino para mí?; ¿qué me espera en esta hora?

No obstante, es mi camino; y no hay otro para mí, mientras puedo salvar mi vida.

¿Quién quisiese cruzarlo en esta hora?

Pero no tengo otra alternativa; y mi vida me ha llevado de tal

modo, que sólo me queda cruzar estas tierras solitarias.  
No obstante, estoy más perdido aún.  
El desierto tendrá sus caminos por donde el hombre se salva;  
entonces, debo encontrarlos; y como el Señor está conmigo,  
los hallaré.

Aquí, hay que luchar por la vida que vale más que en otros  
lugares del mundo; mientras la desesperación llega como una  
sombra, la lucha por vivir urge hasta el último respiro.  
La esperanza se queda; las cosas pasan, se van perdiendo y  
ella se queda; mientras tanto, aún sostiene a la vida cansada,  
y saca las fuerzas sin saber de dónde; pues es su tiempo.

Un bastón me acompaña, trazando el camino entre los polvos  
y piedras; es compañero en un sendero solitario.  
Cuando estoy solo, el bastón es mi amigo; puedo aferrarme a  
lo que llevo en la mano; me siento más seguro en el camino,  
aún sin saber si llego al destino.  
Si el Señor quiere, llegaré; no tengo otros deseos, sólo éste.

Y de repente dejo todo: un futuro esperanzado, una vida con  
ciertas comodidades, a la gente que saluda y piensa en sus  
cosas; el mundo que me pudre y, a la vez, me lleva; también  
a mi pueblo; ¡qué cambio en mi vida en tan poco tiempo!  
Hoy, sólo sigo mi camino en medio de los vientos que me  
asustan, pero no hay otro modo de enfrentar el destino.  
Es el camino que hago, casi sin rumbo, porque los horizontes  
que veo, aún no me dicen que esté por encontrarme.

Si sobrevivo, mi vida estará salvada.  
No quiero pensar en otras cosas, tampoco tendría sentido que  
lo haga, sino seguir en el camino que no tiene retorno, para  
buscar lejos algún lugar y que sea para mí; si es que el Señor  
quiere que me salve; no tengo otra esperanza.  
Mi vida está en tus manos, Señor; Tú sabes cómo termina mi

sendero; yo sólo sé que lo he comenzado.

¡Cómo ha cambiado mi vida!; y toda de repente.

Me quedo sin nada ni nadie, flotando entre tanta tierra, tanto sol y tanto viento. Cuántas cosas cambian, mientras yo, lleno de miedos, a la vez de esperanza, hago mis pequeños pasos que significan tan poco y son lo que puedo dar en un camino lento, ansioso.

La esperanza por la vida es tan grande, que hasta los vientos y la tierra están acompañándome en el deseo por sobrevivir, cuando la vida parece como un pequeño polvo de arena.

Y el viento la lleva a algún destino; ¿cuál será?

¡Cómo desearía encontrar la luz que iluminase el camino, y me diese seguridad! ¡Quisiese sentir un viento en mi espalda, llevándome a un destino bien seguro, calmo!

Al contrario, que la arena no se levante más contra mis ojos, ni me enceguezca; que mis labios no se sequen, que siempre encuentren el rocío; mientras me lleven mis pies frescos, que resurja mi espíritu en el camino.

Y pensar que hace poco, no lo había tenido en cuenta; hoy, camino huyendo sin saber para qué.

Parece que estoy solo sin nadie más.

El viento y las estrellas ya no están conmigo; nunca me he sentido tan solo; ni siquiera en los momentos duros que antes había tenido.

Sigo mi camino solitario, en medio de un mundo vacío.

Y parece vacío del Señor; ¿dónde estás?

### c. LA NUEVA TIERRA

No obstante, crucé felizmente estas tierras solitarias, porque el Señor estaba conmigo.

Antes me sostenía la esperanza en defensa de mi vida llena

de miedos y de desesperación, huyendo, buscando a la vez; si el Señor no hubiese estado conmigo, mis huesos hubiesen quedado en medio de la soledad de las rocas y de los vientos que penetran el corazón; hoy lo veo; comprendo el porqué, el que siempre ha estado más allá de mis pequeños proyectos.

Me hace bien recordar ese camino.

Antes, viví encerrado por la desesperación, aún con la mente en algún lugar que quería hallar, donde quería detenerme para descansar en medio de lo desconocido, que me llevaría sin saber a dónde.

Hoy, al recordar el pasado, puedo llenar esa parte que viví en aquel entonces, la que no veía y casi no la podía ver.

Te agradezco, Señor, por el tiempo de descanso, mientras ya más tranquilo, voy viendo tu protección en todo el tiempo de mi vida. Pues, tú estabas aún más presente, cuando no me daba cuenta de ti, en medio de mi desesperación.

El Señor hizo que me recibiesen en una nueva tierra, que me acogiesen con bondad.

Ahora, voy recuperando la confianza; vuelvo a recordar con mis nuevos hermanos, los tiempos de Egipto, tristes para mi pueblo. En esta tierra, en medio del desierto, más libre de las influencias de los fuertes, el recuerdo lleva otras frecuencias. Aquí, puedo quedarme, tengo mi lugar, mi familia y la tierra. El Señor quiso que me hallase bien.

Aquí, la vida es diferente, con mi familia y mi nueva tierra, para respirar de un modo pacífico y feliz.

Estoy lejos de aquella vida; hasta me cuesta recordarla.

El desierto me separa, es un modo de pasar de una realidad a la otra. No obstante, la anterior me moviliza por el gran dolor que mana de mi corazón.

Ya no me siento esclavo; al contrario, agradezco al Señor por

lo que me brinda en todo su tiempo.  
Las nuevas tierras son el signo de mi libertad; no son más;  
me las ofrece el Señor que bendice a mi familia y el lugar.  
Ojalá, mi pueblo pudiese recibir tierra, y que el Señor se la  
diese algún día; pero, ¿no deberían cruzar ese desierto?

Estoy en la nueva tierra, lejos del dolor, de la opresión, feliz;  
con mi familia y mis hermanos que, por sus raíces, no están  
lejos de mi pueblo.  
No me siento extraño; me acogen con bondad, y me aceptan  
con el corazón de hermano.  
No obstante, el sufrimiento de mis hermanos en Egipto, me  
despierta de noche, los veo llorar.  
Me parece que, con retirarme, sufren aún más.  
Estoy lejos, y ellos quedan conmigo; no tengo paz, tampoco  
puedo tenerla.

Camino solitario por la tierra y las rocas; si cuido el ganado,  
aún pienso en aquellos tiempos.  
Me parece que no debía irme de allí.  
Y no podía quedarme más tiempo, tampoco sabía enfrentar  
la realidad que era para mí, cada vez más difícil.  
Con esta confusión en mi corazón, voy caminando; aún sigo  
volviendo al pasado, en esta nueva tierra; pero no tengo paz  
y cómo tenerla.

Yo estaba bien, pero soñaba con aquellos que quedaron en  
Egipto. Mis hermanos y mi familia lo veían, me trataban con  
respeto, pero no podían ayudarme.  
Es lo que quiso el Señor, que me hallase en la nueva tierra, y  
que no me olvidase de aquellos hermanos.  
Debo pasar por lo que sigo viviendo; mis nuevos hermanos  
me comprenden; si el Señor lo quiere así, bendito sea.

#### d. SIGO VOLVIENDO A LO DE ANTES

Siempre busco mi soledad para vivir lo mío.  
Mi pasado vuelve a cada momento, sin buscarlo; vuelven mi vida y mis guerras, pues hay cosas que no se borran jamás, y dejan profundas huellas.  
Sé muy bien que mi deber es ayudar a mis hermanos; pero su esclavitud es más fuerte que mis deseos.  
Estoy lejos, tampoco puedo volver; ya ha pasado mi tiempo; tampoco he podido estar más al lado del Faraón.  
Soy un ingrato; aún supe escaparme, y el Señor me cuidaba.  
Pero no me queda más que recordarlo con pena.

Después de lo que había pasado, busco paz en esta tierra del Señor. Me siento como un hijo fracasado que no ha cumplido con lo que debía hacer; y me refugio en la tierra del desierto, lejos de mis perseguidores y de mis hermanos.  
Ahora, me queda sólo llorar y pedir misericordia; y guardar en silencio la tristeza que lleva mi corazón, y pedir perdón por lo que no he cumplido con el Señor y con mi pueblo, a quien pertenezco, a pesar de estar lejos.

Mi familia me comprende; sabe mi dolor y vive mis fracasos, pues mi corazón está partido.  
Ellos llevan mi peso, contemplan mi soledad, están conmigo en este tiempo tan mío, y creo que también de ellos.  
Como un extraño, aún llevo en mi corazón el secreto de los designios, porque no supe cumplir con lo que el Señor había proyectado en mi vida.  
Me quedo llorando por dentro; trato de no hacerles sufrir en mi casa; no obstante, estoy muy lejos con mis pensamientos; y sigo volviendo al pasado como un pobre infeliz.

¡Qué difícil es vivir con el peso en mi corazón!  
Si bien aquí, se vive en paz, mi vida lleva la guerra.

Pues no he cumplido con el Señor.  
Él quiso otra cosa, yo sólo fui perdiendo, por mis apuros, mis  
violencias y mi orgullo; no supe responderle por lo que Él  
esperaba de mí, ni hice nada por el pueblo.  
Aún me fui; debía irme para salvar mi vida, prefería huir que  
estar en peligro para defender a mi pueblo.  
Si el Señor estaba en su Proyecto, a la vez, estaba en mi vida;  
entonces, ¿por qué me fui?

Así vivía mi guerra por mucho tiempo; si hubo tiempos de  
calma, era para seguir volviendo al pasado.  
No supe olvidar de lo que el Señor quiso de mí y que yo, por  
ser tan guerrero en mi corazón, rompí su Proyecto.  
No obstante, ahora tengo claridad, y sé lo que el Señor me  
pedía y esperaba de mí; antes, lo sentí por los vínculos y las  
raíces con mis hermanos; hoy, sé lo que el Señor quiso de  
mí, que le ayudase a mi pueblo oprimido. Es lo que veo, pero  
no puedo hacer nada; por eso no tengo paz.

Mi vida se hace larga, los días se ponen largos de pensar en  
la tarea no cumplida y aún, mucho tiempo para ver mi vida  
fracasada.  
Los días ya no corren, se detienen en mi pensamiento; pero,  
¿cómo no volver al pasado?  
Y si aparece la realidad, ¿cómo no pedir perdón?  
Mi vida se hace larga; los días no terminan; y yo, con lo de  
siempre, peleando, cansando a mi familia.  
Pero, ¿qué tiene que ver conmigo, mi familia, la que me  
acogió, me da pan y salva mi vida?  
Mis días se hacen largos y yo, pidiendo perdón, golpeando la  
tierra con la cabeza; y no puedo mirar al Señor; no sé cómo  
levantar mi mirada hacia Él.

Mi oración es un llanto; mis lágrimas lavan las rocas y rocían  
la tierra que acoge el dolor, mientras el viento se hace llanto

en esa agonía.

Antes podía morir luchando por mi vida, al cruzar el desierto; hoy mi vida se pone pesada, y mis años pesan.

¿Para qué vivir, si he perdido lo que el Señor quiso de mí?

¿Y para qué luchar?

*"¿Moisés!" ¿Quién me llama?*

*"¿Moisés!" ¿He escuchado bien?*

*"¿Moisés!" Es cierto que alguien me llama.*

*Levanté mi cabeza cubierta de polvo.*

*"¿Esta tierra es santa!", me dice.*

*¿Quién lo dice?*

*"¿Quítate las sandalias!"*

*Obedecí a la voz, asustado; ya antes tuve miedo; ahora estoy temblando como una caña entre los vientos que llaman.*

*"¿He visto mi pueblo que llora, yo también lo siento!"*

*Entonces, ¿por qué me lo recuerdas, para que sufra más?*

*Ya no quiero sufrir ni sentirme responsable por lo que hice en mi vida; estoy cansado de sufrir y de llorar, culpándome día y noche.*

*"¿Moisés!" Sí.*

*"¿Tú irás a Egipto a buscar a mi pueblo!"*

### 3. FRENTE AL FARAÓN

#### a. ¿CÓMO PODRÍA VOLVER?

El Señor me dice que regrese a Egipto.

Es que el grito del pueblo es fuerte, ya no pueden sufrir más.

Si el Señor quiere salvarlo, no hay tiempo para esperar, pues la agonía se transformaría en más muertes.

Es lo que el Señor me hace ver, no tengo ninguna duda; debo ir a Egipto por mi pueblo, al que abandoné por mi debilidad.

¿Cómo volver, si las cosas están en contra?

Soy quien se escondió; y no podía estar más allí.

¿Cómo hacerlo, si el regresar es como morir?

Sin embargo, el Señor insiste en que vuelva.

Señor, recuerda el llamado; yo fui quien iba a estar frente a tu pueblo, y tú lo ibas a salvar; hoy, quieres que vuelva.

¿No vienes a reclamarme por lo que no había cumplido?

¿No buscas mi muerte como parte de tu justicia?

Pues tú has puesto tu mano; las cosas deben llegar a su fin; y no puedo huir de la responsabilidad, si aún es que me habías llamado por tu pueblo, al que quieres salvar.

Te hablo, Señor, y no te tiene importancia.

Sólo te digo, porque tengo miedo; no quisiera regresar.

Si vivo como un fracasado y sueño cada día en las cosas que iba a hacer en tu Nombre, frente al pueblo, ahora me queda llorar y esperar tu justicia.

Tengo miedo, no quisiese volver; a pesar de que vivo en una tierra extranjera por no cumplir contigo.

Pero no podía quedarme más tiempo.

¿Cómo hubiese podido estar allí?; ¿para esperar la muerte?

Y quizás, hubiese sido mejor.

No sé hablar, Señor, no encuentro palabras.

¿Qué decir después de tantos años y de las cosas que habían pasado?; ¿y qué palabra podría encontrar?

No la tengo y si hay alguna, no me van a escuchar.

¿Quién me escucharía?; pues sólo salvé mi vida en lugar de ayudar a tu pueblo.

No sé hablar, no tengo palabra, no obstante, si deseas, Señor, iré a Egipto.

Mi vida aquí, se vuelve difícil.

Mis hermanos han sido buenos conmigo.

Llevo como una maldición; no soporto lo que ha pasado.

Mi familia sufre por mí, y no puede ayudarme.

Entonces, no me queda más que volver, que todo termine de una vez; porque no puedo sufrir más.

Estoy agotado hasta los huesos; así mi vida no tiene sentido; si tengo que regresar, que sea como quieras, Señor.

No tengo nada que decirte, Señor, y te callas.

No te interesa mi llanto ni escuchas mis explicaciones; y no tengo con qué justificarme.

¿Quién podría hacerlo delante de ti?; y menos un fracasado, quien no tuvo valentía para buscar lo tuyo.

Sólo espero tu justicia; si todo depende de ti, mi vida está en tus manos; haz lo que quieras, Señor.

*Llevarás mi Nombre y el bastón.*

*Como viniste al desierto, así volverás a Egipto.*

*Desde el desierto, irás al faraón y a mi pueblo.*

*Llegarás con mi Nombre y te comprenderán.*

*Es el tiempo para que te acepten, y para que te respondan, siempre en mi Nombre.*

No entiendo nada, Señor, ni te pido que me lo aclares; pues estás más allá de lo que comprendo.

Por alguna razón, me lo dices; lo sé, lo presiento.

Como si tuviese sentido mi estadía en el desierto, para poder regresar; como si estuvieses preparándome para este tiempo, en medio de mi llanto y mi dolor, y mis fracasos. Luego de tanto clamor, aún vuelves a hablar y no te interesa lo que pasó en mi vida. No sé si no te importa; quizás, le das un nuevo sentido. No lo comprendo, Señor; lo que sé, es que llevo tu Nombre, que es mi estandarte.

Me voy a Egipto, un poco más confiado; el Señor se acuerda de mí, después de tantos años. Sentí que algún día iba a volver allí; no obstante, no supe que, de esta manera, estaba previsto por el mismo Señor. No sé qué va pasar; y sé, que no va a ser como me parece a mí; voy en el Nombre del Señor; es lo que sé y nada más.

#### b. HAY UN NUEVO TIEMPO PARA ENTENDER LO QUE EL SEÑOR ESPERA

Mi vida nuevamente, busca el sentido inicial, más aún, si mi estadía en el desierto fue para reencontrarme conmigo; para hallar mi libertad y aún, volver distinto a Egipto. En el principio tuve miedo, pero pronto el Señor me dio paz; pude regresar en paz, al saber que Él guardaba sus sorpresas; es Él que hace vencerme a mí mismo; y es Él que siembra la libertad en mi corazón, antes de iniciar el camino de retorno. El camino es distinto; y en la medida en que me hundo en el desierto, aún cruzándolo, crecen la esperanza y la seguridad, mientras el Señor me fortalece para lo que viene.

Hay un tiempo muy particular para oír al Señor y para crecer; entonces, la Palabra que se proyecta es distinta. Los años pasan, pero no se pierden sus Palabras; lo que antes no tenía fuerza, golpea aún más; y lo que nadie escuchaba o no le daba importancia, se escucha con atención.

Vuelvo robustecido por el Señor, el viento y el desierto; todo se presta para anunciar su Palabra, la que, justamente ahora, recupera su sentido; en eso, el Señor me da la plena claridad; por eso, vuelvo en paz y estoy seguro de que pueda cumplir con la misión.

El Señor me anticipa que liberará a su pueblo; pero como ha pasado mucho tiempo, aquellos que guardaban el Mensaje, murieron aún sin ver lo que esperaban del Señor; y otros se cansaron en medio del dolor; no obstante, como el Señor quiere, revive su Palabra.

Tan sólo vuelvo y el pueblo comprende mi regreso; esta vez aún más, que la única salvación es la que viene del Señor.

¡Basta de las luchas, y de la sangre!; pues nos unimos en la esperanza que viene del Señor.

¡Qué grande es ver al pueblo que se despierta, por la gracia del Señor, y tiene una sola visión en su corazón! Si es que no siempre guarda esa claridad, hoy sí, la tiene; pues el Señor, aún en medio del sufrimiento, iba preparando a su pueblo para el reencuentro.

Llega la hora cuando la omnipotencia humana tiene su fin, y ya no se ve su fuerza ni su seguridad; es cuando el hombre comienza a vacilar en medio de sus proyectos.

Quizás, pasen muchos años, hasta que el hombre empiece a inclinarse a su propia ruina. Si por el orgullo y la dureza del corazón, no quiere torcer su brazo, mañana será otro día aún más difícil para él.

Hoy, vengo a anunciar lo que el Señor dice; Él es más grande que el hombre que le debe obedecer.

El Señor no se permite esclavizar; y a pesar de que el hombre quisiese otra cosa, el Proyecto del Señor se cumple.

Yo sólo anticipo lo que va a pasar.

Las Palabras suenan aún, como dichas sin fundamento; no

obstante, se cumplen al pie de la letra.

El Faraón no reconoce la Palabra del Señor, pero frente a los hechos ya no tiene otra salida; así ocurre, cuando el hombre engegucido llega lejos en sus proyectos, aún distorsiona los del Señor; es que el hombre no escucha hasta el fin y tan sólo los hechos pueden ser elocuentes.

Después de las desgracias que le llegan, viene la hora para poder comprender; no obstante, el hombre igual no quiere reconocerla, duro en sus sentimientos y su orgullo.

### c. VENGO DE PARTE DEL SEÑOR

Mañana iré al faraón.

El Señor me lo pide, no quiero esperar más.

Si sigo postergando, mi pueblo morirá.

Llega la liberación para mi pueblo; y el Señor me llama para esta hora.

Vengo de parte de mi Señor, que reclama la libertad para su pueblo; basta con la opresión.

Usted sabe Quién es el Señor, Quién reclama la libertad; tan sólo pronuncio su Palabra.

Si se niega responderle, sufrirá las consecuencias, porque la gracia que viene del Señor, está destinada para mi pueblo.

Me escuchó con atención, con cierto respeto.

Sin embargo, no piensa en liberar a mi pueblo, porque está bien con la esclavitud y además, se siente dueño.

¿Quién puede reclamarle, cuál de los dioses puede hacerlo?

Pero me sorprende la paz que tengo; y estoy seguro de que lucho por lo justo, por lo que el Señor espera.

Los dueños del mundo se sienten aún más dueños; y si antes oprimían, ahora quieren hacerlo más aún.

"Ésos quieren la libertad, entonces, que aprendan; les vamos

a oprimir más aún. Ya no hay más paja para los ladrillos, que la consigan solos."

Y yo, aguantando toda la desgracia; sin embargo, en paz, aún convencido de que estoy en buen camino.

Si hay que enfrentar todo, es por mi pueblo que ha llegado a sufrir la esclavitud tan humillante.

El Señor me dice que vaya nuevamente al faraón.

Aún me muestra la dureza de su corazón, me hace ver que, si él no cambia, aún sufrirán otras desgracias.

¡Qué triste!; para comprender, hay que sufrir aún más.

Debí hablarle de los ríos llenos de sangre, de las tempestades que azotarían, de múltiples pestes que llenarían de espanto; no obstante, una vez más, se endureció el corazón del faraón.

El dueño del mundo ya no retrocede ante un dios que desea salvar a los esclavos; el faraón soporta aún más, su dureza va a enfrentar todas las crisis y él seguirá en su camino.

Y las desgracias tienen que ver con el dolor de mi pueblo, que clama día y noche por su salvación.

Le anuncio lo que el Señor me pide.

El faraón sabe por qué debo decírselo: si me escucha, es por el bien de ellos y de mi pueblo; y si no responde al Señor, Él sabrá qué hacer; tan sólo cumplo su voluntad.

El Señor me anticipa que el corazón del faraón se endurece más aún; pues, cuando la Gracia es grande, para unos es para responder al Señor, y otros se endurecen más aún; pero hasta así, el Señor obra con mucha claridad.

Y vuelvo, porque el faraón me llama.

En fin, ¿para decirme que no habrá modo de salir?

Pero voy por las desgracias; y yo como si fuese culpable de lo que pasa.

¿Qué culpa tengo, al anunciar lo que el Señor me pide?  
El faraón enfurecido y yo, en paz; mi defensa es el Señor.  
Aún, debo escuchar palabras injustas contra el Señor.  
¿Por qué el hombre está tan ciego y habla sin sentido?  
¿Adónde lo llevará su orgullo, su dureza?  
¡Dios mío, por qué el mundo es así!

El Señor me pone para hablar nuevamente; y debo anunciar los acontecimientos aún más duros.

A veces, al hombre le parece que ya no hay más cosas, y que todo ha pasado; no obstante, si el corazón no responde, llegan otras desgracias hasta que responda; si no libre, que sea forzado, pero que lo haga.

Anuncio a las muertes que tocarían con crueldad, por todas partes, sin piedad ni paciencia; hay que llegar a eso, para que el hombre responda.

No sé si está convencido, pero va a responder al Señor que espera la respuesta, y ninguna fuerza puede oponérsele.

Escucho a los llantos, siento el horror en todas partes, no hay a quien pueda consolar en esta hora; pues el Señor sabe la hora de la liberación, y nadie puede enfrentarse contra Él.  
Al dolor no lo calma nadie; no hay que calmarlo, es que así se entiende.

La vida se detiene para poder reaccionar frente a la aflicción de un mundo que sólo parece fuerte, sin embargo, no lo es.  
El mundo conoce el dolor que toca su corazón, por más que fuese como una piedra fría en la oscuridad.

La desgracia alcanza al faraón, y los gritos llegan de todos lados; ya no puede decir otra cosa, sólo que sí.

Y quizás, ve que aún hay cosas peores, y que lo esperan.

Esta vez dice que sí, muy asustado, aún convencido de que el

Señor hará milagros para sostener su trono.  
"Que se vayan, yo quiero reinar en mi reino".  
Y como quiere salvar su trono, aún acepta la humillación.

Los hombres enfrentan los desprecios e humillaciones; si al principio, muestran su omnipotencia, con el tiempo, aceptan lo que no aceptaban; y si no son convencidos, lo hacen igual, pues no les queda otra cosa.

Como les cuesta asumir la salvación que viene del Señor, Él se les hace ver y mientras tanto, siguen pasando cosas.

Algún día el faraón se rendirá ante el Señor; pero, ¿cuántas guerras pasarán?; no sólo por el faraón, sino por su pueblo y por todo el mundo.

Como mi pueblo reconoce al Señor, su único Salvador, algún día, el mundo y el faraón lo reconocerán; desgraciadamente, aún pasarán muchas cosas.

#### 4. POR EL PUEBLO DE MI SEÑOR.

##### a. EL RECUERDO DE LA TIERRA PROMETIDA

El pueblo se acuerda de aquel tiempo de Abrahán, de Isaac y de Jacob, y de aquella tierra que el Señor había prometido a su padres; aún tiene la claridad de que vuelven a esa tierra, y no hay que postergar más, es la hora; es como si de pronto, estuviese iluminado con una gran luz.

Llega la hora; las cosas se dan, porque el Señor obra así. Tantas veces, el pueblo intentaba salir, sin embargo, no sabía su hora; hoy llega su tiempo.

Los tiempos difíciles que había vivido, lo iban preparando; quizás, había que pasar tantas luchas; no sé si el pueblo lo ve bien, pero es cierto que lo que había vivido, sirve para unir los sueños en esta hora.

Las cosas se dan al mismo tiempo: pues, si viene la crisis en el poder, en Egipto, con sus ambiciones; a la vez, en medio de ese enorme conflicto, crece el Pueblo del Señor.

Si bien, la esclavitud ha sido dura, el tiempo hace lo propio para buscar al Señor y a la tierra prometida.

Todos se unen una vez más; y lo hace el Señor para que el Pueblo festeje el glorioso día; mientras que los opresores se ocupan de sus cosas, el Pueblo festeja la salida de la opresión que duró tanto tiempo; no obstante, la partida no hubiese sido tan gloriosa sin la esclavitud.

El pan ácimo y el cordero asado, aún las casas marcadas con sangre y las familias reunidas en la sagrada cena del cordero, de pie, son el comienzo de la gloriosa salida.

La historia narrará este acontecimiento por los siglos de los siglos; y volverá a recordarlo, para ir recuperando la gracia,

siempre y cuando la necesite mi pueblo.

El cordero será el signo de la Liberación, y de la Alianza que viene del Señor, por los tiempos que nos queden.

#### b. SE ABRE EL CAMINO

El paso está abierto frente al mar que separa del desierto; un largo camino para recorrer a la tierra del Señor.

El Pueblo está frente al mar, y el Señor sigue obrando.

Quien dudaría de la liberación que viene de ÉL, es porque aún cierra los ojos y no quiere ver.

El mar acoge la muerte de los que se quedan sin cruzarlo o bien, se hunden en su profundidad; y será por la vida de aquellos que estén del otro lado, a pesar del desierto; lejos de la tierra, pero libres del faraón.

El pueblo debe convertirse; y el agua aún será el signo de lo nuevo; ya no pertenecen al faraón, sino al Señor, tan sólo a Él; es que no hay otro dios a quien perteneciesen.

Ya salvados por el Señor de los enemigos, y en esta hora, porque su fuerte brazo sostiene las vidas; el pueblo lo ve y lo reconoce solemnemente.

El pueblo sigue creciendo para pertenecer al Señor, su Dios; Él lo salva y a Él pertenecen; luego de mucho tiempo, ya sin miedos ni opresiones, no obstante, en pleno desierto.

Pero si hay esperanzas, es porque la mano del Señor ya está puesta sobre las vidas.

¿Quién pudiese no ver su mano y su misteriosa liberación?; ninguno de los hombres, si hubiese llegado hasta aquí.

Están en el desierto, las vidas aún están destrozadas; y lejos de la tierra prometida por el Señor.

Nos sentimos como ovejas liberadas del lobo feroz; el lobo

está lejos, pero la vida está llena de heridas; lejos de la casa donde nos esperan la paz y la bendición.

Así, me quedo pensando; hay grandes cosas y son del Señor, sin embargo, mi pueblo está frente al desierto.

Ya crucé el desierto, pero mi pueblo, ¿hará ese camino?

Cuántas cosas, voy recordando; pues caminé por el desierto y vi lo que el Señor hizo por mí.

Entonces, ¿sería que haga lo mismo con el pueblo y quizás, los acontecimientos serían más grandes aún?

¿Sería la hora de la gracia y de la gloria del Señor?

Me quedé pensando en este día de gloria, mientras el pueblo estaba de fiesta; ¿saben lo que les espera o es que, por ahora, no quieren pensar en los días que vienen ni en las cosas que deben pasar?

Pues, el Señor dará su luz y fortaleza, cuando sea necesario.

Pensé en mi desesperación, en mis recuerdos oscuros; aún no sabía por qué; es porque el Señor me iba preparando para lo que iba a acontecer muy pronto.

Llegarán los días para mi pueblo; quizás ellos los presienten. Ahora veo por qué el Señor me hizo pasar por el desierto; y aún hay otro tiempo; lo voy descubriendo poco a poco, como un ciego.

### c. EL SEÑOR Y EL DESIERTO

El pueblo vivió la esperanza bien grabada en sus corazones; iba aguardando la memoria de la Tierra ya anunciada a sus padres; todos sabían adónde debían llegar, porque el Señor se les había anticipado. Esta seguridad se iba despertando en la profundidad de los corazones; tan sólo había que esperar a la hora del Señor.

Fue un camino contra el desierto; ¡a cuánta fuerza hay que tener para enfrentarlo!; y si no llega la gracia, la seguridad se

quiebra en cualquier instante.

El pueblo sufrió sus necesidades: le faltaba pan, le oprimían las angustias del desierto, mientras buscaba agua.

Debía llegar a su tierra; no obstante, ¿cómo lograrlo frente a tantos obstáculos?

Con frecuencia, se acuerda del pasado que fue triste; pero el presente no es fácil; ¡quién no lo sabe!

Cuando uno abandona su esclavitud, aún se le presenta una realidad difícil, hasta que llegue donde debe llegar; mientras tanto, sufre angustias y penas; pero no hay otro camino.

El Señor nos hace ver que sólo de Él dependemos; sin Él, la vida y el camino se hacen imposibles.

Nos pide confianza, y no es fácil confiar en Él; sin embargo, es el único camino para poder sobrevivir.

Había que creer sólo en Él, mientras nos daba pan y agua; no obstante, aún se hacía esperar, y nos llevaba al límite de la paciencia que suele tener el hombre.

La paciencia fue la gracia del Señor en aquel tiempo.

¿De dónde saqué tanta fuerza para ser paciente?

¡Cuántas veces golpeé la tierra con mi frente, desesperado!

Pero no todo viene cuando quiero, sino llega en la hora del Señor; aún me pregunto por el tiempo de las impaciencias y rebeldías; tienen algún sentido, y el Señor las tiene en cuenta.

Había que enfrentar los obstáculos, mientras el Señor obraba; y Él nos permitía llegar al extremo de nuestras posibilidades; porque fue claro que la obra era del Señor.

Él estaba en todo; Él ofrecía vida y alimentaba las esperanzas en un mundo sin esperanzas.

Mientras yo golpeaba la tierra con mi frente herida, por las cosas que pasaban y por eso, estaba desesperado, venía la luz para levantarme, para subir los brazos a los cielos.

Entonces, la vida se hacía distinta, venían una nueva fuerza y

una nueva esperanza, contra el dolor y la guerra del pueblo.

El Señor nos hablaba, y su fuerza llegaba a los corazones; de este modo, el pueblo resurgía para dar un paso más.

Yo lo veía agradecido y avergonzado a la vez, ante mi Señor.

#### d. LA PURIFICACIÓN

El camino por el desierto fue largo, porque el pueblo debía pasar de la esclavitud para hallarse en el Señor, en la tierra prometida.

La gran gracia se iba derramando sobre el pueblo, mientras iba al encuentro con la tierra del Señor.

Hubo una hora fundamental, la de los Mandamientos; sin ese acontecimiento, no serviría la partida de Egipto y, de hecho, no hubiese sido como una salida hacia la libertad; pues sin la Ley del Señor, la esclavitud aún se hubiese quedado en el corazón del pueblo.

El Señor purificaba los corazones, los iba preparando para el gran momento de implantar la Ley.

¡Qué fuerte es la destrucción que proviene de la esclavitud, la que quiebra los cimientos de la Ley!

Aún, el pueblo debe abandonar a los dioses de Egipto, que todavía están con la esclavitud más profunda del hombre y del pueblo; y el Señor quiere ver su libertad.

Llega la hora: el pueblo comprende que los Mandamientos del Señor no sólo no esclavizan, sino que liberan el corazón. Mientras tanto, el Señor debe vencer tantas esclavitudes que oscurecen y confunden, en medio del mundo de la oscuridad, donde viven el hombre y el pueblo. Por eso, cuesta aceptar la Ley del Señor que es para el bien; y es difícil transmitir a los hombres esa verdad.

Sin embargo, cuando el Señor quiere, hasta el pueblo rebelde

y confundido lo comprende; es su hora y está en el desierto; ve que en todo depende del Señor.

En el desierto, el Señor funda los cimientos del pueblo; y si ése pasa por esas circunstancias, es porque necesita pasarlas. El Señor busca el modo para poder reconstruirlo; y mientras tanto, el pueblo experimenta sus idas y vueltas; aún se pierde para buscar la salvación que viene sólo del Señor.

A ese tiempo lo vivimos en medio de las pruebas; y es como si el Señor nos pusiese al borde de la existencia; y recién, el pueblo sólo busca al Señor, sin condicionarlo; porque, ¿qué condiciones se le podría poner?

Recuerdo bien ese tiempo; yo, un pobre, acompañando a mi pueblo que pasaba por extremas necesidades, en medio de la desesperación, para llegar a la plena confianza.

A veces, me preguntaba por qué vivíamos así; quizás para confiar aún más, y para crecer; el pueblo seguía su camino y yo a la par de él, a veces, con poca paciencia, perdido en el polvo de la tierra, mientras buscaba al Señor.

Cuando estaba muy desconcertado, venía la luz; si venía para mí, era para mi pueblo, por quien quise vivir y luchar.

Acompañé a mi pueblo hasta la puerta de la tierra.

El Señor no quiso que siguiese más; no fui digno de entrar y menos aún, al frente del pueblo.

Puedo decirlo, que hasta en esto no soy digno; lo veo como un atrevimiento de mi parte.

Debí quedarme, me esperaba otra soledad.

Las experimenté tantas veces, y siempre fueron buenas.

Esta soledad le pertenece al Señor, a nadie más, sólo a Él.

Aquí, no entra nadie, es la última soledad, la más profunda de mi vida; sólo es del Señor.

Me despedí; el Señor hizo despedirme de mi pueblo, con la

bendición que Él puso en mi mano que se hizo ágil.  
Ahora, que el pueblo entre en la tierra prometida; pero que  
sepa que sólo el Señor es dueño de su tierra; que crezcan y se  
multipliquen como hijos de la tierra bendita.  
Que el Señor les bendiga, hermanos.  
Me voy por el camino que Él tiene para mí; es para revivir  
todo, en el silencio y la soledad de los vientos del Señor, por  
el tiempo que me dé.  
Que el Señor los bendiga, hermanos, yo me voy.  
El Señor me llama.



## 5. ACUÉRDATE, SEÑOR, DE NUESTROS TIEMPOS

### a. BUSCO MI LIBERTAD

¿Quién se considera esclavo?; ¿es él que tiene noción de su esclavitud? Porque hay muchos que pueden verse con cierta facilidad, si tienen buenas intenciones y tratan de conocerse mejor. Sin embargo, aún vemos la esclavitud que nos rodea, hablamos de los hombres esclavos, nos indignamos frente a los intentos de esclavizar, nos asustamos cuando alguien está ciego y no reconoce su esclavitud; ¿y para qué nos sirve eso? A lo mejor, para intentar ayudar a los esclavos, aún enfrentar a los que esclavizan; y quizás, sería mucho mejor ver nuestra esclavitud y asombrarnos ante ella; porque es difícil luchar contra la misma, si no estamos libres de verdad.

¿Quién es libre en un mundo tan confundido?

¿Quién puede expresar lo que vive, lo que siente?

La libertad es como un sueño; pero, no bien me levanto me despido de mis sueños.

La vida se hizo pesada, por eso, triste; ya no tiene nada de los sueños que se perdieron en el camino; y yo sigo.

¿Quién puede expresar lo que vive?; ¿y quién aún vive lo que siente, lo que nace en la profundidad de su corazón?

¿Acaso, no es que el Señor despierta los sueños del corazón? Entonces, ¿quién los apaga, por qué?

Mi vida entra en el camino donde tiene que seguir; me dicen que quien salga de ese camino, no le irá bien, y sólo podría confundirse sin poder dominar su destino.

¿Quién me hizo correr, acaso es todo del Señor?

¿Él me hizo vivir de ese modo, o es que el hombre se adueña del hombre y proyecta los caminos para los demás?

Hace tiempo que sigo corriendo sin parar, en ese espacio de

la vida; no puedo volar, porque mi vida pesa.  
Mientras debo correr, escucho el sonido de los golpes contra  
las piedras; hay monotonía, hay cansancio.  
El viento sopla alrededor y siento frío; otras veces, un calor  
que agota; siempre corriendo, ¿hacia dónde?  
Y parece que tú, Señor, estás en el camino para salvarme de  
mis apuros sin rumbo.

Pasan muchas cosas; la vida las agrega, y sigo llevando las  
cargas que me cansan.  
Me preocupo por los bultos en el camino; los cuido y en cada  
estación averiguo por si faltase alguno.  
Sigo mi camino sin pensar; pues ya tengo las respuestas.  
No sé, quién me las hizo; ¿son mías de verdad?

¿Por qué quiero llenarme con lo que veo en el camino?  
Como un naufrago en pleno mar del mundo, me siento cada  
vez más agitado y desesperado.  
Mientras más busco el aire, más me lleno de agua; mi vida se  
pone muy pesada por el agua que la penetra, agotando mis  
esperanzas.  
Sin embargo, mi esperanza es sobrevivir; es tan fuerte que  
sigo luchando hasta el último respiro.  
Estoy jugándome entre la vida y la muerte.

Mi vida está llena y estoy buscando.  
Me siento como un pequeño gusano en tierra fría, perdido en  
un mundo inmenso, para mí tan extraño.  
Por donde camino, las cosas son iguales; y donde entro, me  
distraigo por un tiempo.  
Lo que me atrae pronto muere; no hay vida alrededor de mí,  
tan sólo muerte; mi mundo está así.  
Me ahogo con lo que encuentro en el camino de mis muertes.

Hay metas por llegar, tiempos por cumplir, cosas por hacer.

Si no llego y no las cumpla ni las hago, ¿qué pasará?  
No lo sé; y es cierto que alguien me las va a exigir, porque vivo en un mundo donde reclaman.  
¿Acaso tienen derecho o se adueñan de mí?  
Si se consideran dueños de mi vida, ¿no será que se olvidan de que pertenecemos al Señor?  
Perdóname, Señor, por mi pensamiento, si estoy equivocado; dame fuerzas para defender lo que es justo.

Me quedo conmigo en la hora de soledades.  
No sé si hay silencio, pero sí hay cierta soledad de vida.  
Porque hay tantas cosas que giran y otras desfilan delante de mí; y todo proyecta un mundo sin vida.  
Las vivencias muertas son inútiles; aún, sirven para tropezar contra ellas.  
Mi mente gira, y mi corazón es como un pequeño fuego que estuviese por apagarse; mucha tristeza.  
Parece que ni siquiera me doy cuenta de la tristeza que hay en mí; ¿hay algo que me falta?; ¿Alguien falta en mi vida?

Los vientos soplan alrededor de mi casa; no entran, pero mi lugar es frío y triste.  
Los vientos levantan el polvo; ya no traen aires frescos, sino juegan con el sol oscuro.  
Mi sol está triste; y mientras lo miro, leo mi cara.  
Mi cara parece perdida; ¿no es que estoy muy perdido?  
Y con mi corazón parece igual.

Tuve la tentación: quise huir de mí mismo, sin pensar para qué; quizás, sólo para llenar ese tiempo.  
¿Para qué llenarme más, si estoy con mis pensamientos que corren?; ¿sólo para olvidarme de lo que vivo y nutrirme con nuevas frustraciones, al verme confundido una vez más?

Antes oraba, es decir, hablaba; ¿a quién hablaba?

Me preocupaba por saber dónde estabas; si me escuchabas, si me comprendías...

Yo hablaba forzándome, llenaba el espacio.

Te decía muchas palabras; y no sé si eran coherentes.

Me acuerdo de alguien que solía hablar, y ni siquiera se daba cuenta de que nadie lo escuchaba; mientras tanto, algunos se retiraban, otros se dormían y él seguía hablando.

¿Cuántas veces lo hice así?

Sin embargo, me dices que no fue un tiempo perdido.

Si tú faltas, Señor, todo se rompe como un cristal caído.

Hay cosas rotas en mi vida, y abanicos sueltos en el suelo.

Mi corazón asustado mira en medio de las cenizas.

¿Dónde estás, Señor?; no te veo entre tanta niebla.

¿Dónde estás, mientras hay tantas cosas rotas?

Y no sé pensar más en ese tiempo oscuro.

Señor, sigo buscándote desesperado.

Luego de mis autosuficiencias y caminos por mi cuenta, aún sigo buscándote.

No sé por qué recién hoy; quizás, llega la hora; parece que la ibas preparando, para que te buscara.

Podría ser ayer o mañana, pero quisiste que lo hiciera hoy; es la hora plasmada por ti, Señor.

## b. TE BUSCO DESDE EL MUNDO DE MIS OPRESORES

Hicieron conmigo lo que quisieron, y no podía gritar.

Y si gritase, tan sólo serviría para castigarme.

Me tratan como a un gusano, me pisan con violencia.

No se corta mi vida; mientras voy muriendo, sigo el camino en el mundo sin piedad.

¿Dónde estás, Señor? Tan sólo sigo preguntando.

Me siento como un leño verde, cortado y usado sin preguntar

por mis intenciones.

Mi vida está en las manos de otros que hacen lo que quieren,  
aún sin responsabilidad.

¿Por qué somos crueles, por qué tanta opresión injusta?

Señor, me parece que es injusto; lo digo.

Dicen que creaste el mundo que era bueno, aún lo diste a los  
hombres; les entregaste el paraíso, los bendijiste.

Dicen que tu ternura los envuelve; sólo dicen.

¿Dónde está tu mundo?

¿Dónde están tu bondad y tu ternura?

Me quedo llorando para no rebelarme más.

Mis lágrimas forman como un río en tus tierras desérticas.

El río es grande; ¿no lo ves, Señor?

Señor, ¿dónde estás, mientras sigo sufriendo?

Si eres Padre de los oprimidos y proteges a los huérfanos, y  
cuidas a los heridos y tristes, entonces, ¿dónde estás?

Te voy buscando por todas partes, pero no me queda más que  
preguntarme; ¿dónde estás, Señor?

Sigo buscándote día y noche; tan sólo percibo las sombras, y  
siento los ruidos que me asustan.

De día, vivo perseguido y de noche, no tengo paz.

Mis noches son muy largas; me siento perdido en ese mundo  
cruel; ¿dónde estás, Señor?

No me atrevo a rebelarme; y te pregunto: ¿dónde estás?

Me rebelaba contra mis perseguidores y no me fue bien.

Me castigaron, me dieron tareas aún más duras.

Siguen sangrando mis heridas, mientras trabajo.

Me consideran menos que un animal; nadie tiene compasión  
de mí; ¿dónde estás, Señor?

No conozco otras cosas que el trabajo y el dolor.

Me acuesto tirado al suelo, me levanto aún más cansado.  
Me esperan el trabajo y el castigo; así sigo en este camino sin  
retorno, mientras lucho para sobrevivir.  
¿Por qué me esfuerzo, en esa lucha tan dura para mí, entre  
los desprecios, odios y crueldades?  
Pues, si me tratan tan mal, ¿por qué lucho por mi vida?  
¿Dónde estás, Señor?

### c. LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS

La libertad es como el instinto, que renace; con frecuencia,  
resurge cuando hay cosas perdidas; aún con más insistencia  
renace, mientras la opresión se prolonga.  
Porque la esclavitud penetra la vida; llega hondamente como  
el dolor de los huesos; cuando duelen los huesos, parece que  
no hay remedios; sólo nos queda la paciencia.  
No obstante, ¿cómo sostenerla aún, en las circunstancias tan  
adversas?; ¿y por qué no reclamar la liberación, a pesar de  
que parezca como un sueño perdido?

Dicen que es posible acostumbrarse, aún quedarse insensible  
frente a las esclavitudes prolongadas, las que vienen como  
herencia, al llegar a ese mundo. Suelen decir que quien nace  
esclavo, hasta podría considerar la esclavitud como natural.  
Es posible que, por un tiempo, aún no tengamos noción de la  
opresión injusta, mientras tratamos de buscar la razón para  
las cosas que nos tocan vivir. Pero el tiempo sirve para que  
nos despertemos y juntemos fuerzas; como si en medio de la  
misma esclavitud buscásemos el sostén aún más grande.  
En fin, nadie puede oponerse contra la libertad.

Siempre la esclavitud es sostenida a la fuerza, y es protegida  
contra cualquier intento o sospecha de la liberación, aún si  
fuese ficticia. Los opresores levantan su voz, utilizan muchos  
medios, tratan de mantener un estado de inseguridad, y se

promueven en medio de las circunstancias donde domina la impotencia; hacen ver que lo mejor es que el oprimido se calle, y que ni siquiera intente luchar.

A la vez, se presentan las circunstancias que atentan contra las vidas humanas, las que en algún momento explotan, a veces, provocadas y calculadas por los opresores. Es el modo de desbaratar los conflictos, para poder oprimir aún más.

No obstante, ninguna opresión en el mundo podría ser eterna.

La libertad siempre encuentra un cauce para abrirse; los que luchan contra la esclavitud, hallan algún modo para liberarse; no siempre a la hora justa, pero será un modo más.

Solemos buscar la solución apresuradamente, condicionados, aún sin claridad; por eso, en medio de las confusiones y otras heridas, llegamos a otras esclavitudes; no obstante, todos los intentos y experiencias llevan a la verdadera liberación.

Y ella viene, pero se hace esperar, luego de muchos fracasos que suelen ser dolorosos; es que la liberación verdadera suele tardar, hasta que se halle nuevas fuerzas en un tiempo justo, y esta vez, más pacíficas.

En medio de las luchas que vive el hombre, aún frente a la esclavitud que lo oprime, nace el camino de la maduración y del crecimiento, que con el tiempo, tomará formas pacíficas y no se dejará llevar por las provocaciones. Aún debemos hallar la fuerza contra el odio y el resentimiento, el miedo y la angustia, que oscurecen el camino y nos hacen entrar en la noche. El hombre y la sociedad deben hallar la fuerza para sostener la paz interior en circunstancias adversas; y de ese modo, nace una actitud eficiente para poder luchar contra la esclavitud. Aún, descubrimos que el hombre no la resuelve sólo, por su cuenta; es la gracia que el Señor ofrece, después de las luchas que solemos pasar.

Dios aparece temprano en el proyecto del hombre oprimido,

donde la esclavitud se opone al Señor; no obstante, como los opresores unen la Imagen de Dios con la esclavitud, y aún la propagan como si viniese del Cielo, generan las confusiones; pero igual, quien lucha por la liberación, con el tiempo, logra descubrir la Imagen de Dios que lo salva.

Si la esclavitud llega a lo más profundo del hombre, también, la liberación debe tocar su corazón; no podemos buscar la salvación, sin vivir la liberación interior que viene del Señor; y por eso, si la hubiésemos proyectado sin Él, sembraríamos aún más, una guerra que confunde.

Son las conclusiones que no se ven fácilmente; más bien, nos llevan mucho tiempo, hasta que logremos comprenderlas. En fin, las enseñan aquellos que vienen del Señor, en tiempos oportunos; y cuando ellos hablan, es como si el pueblo los esperase.

Casi siempre, en medio de un pueblo que vive esclavizado, existe la memoria del pasado y un gran sueño de la libertad. El pueblo lo transmite con palabras sencillas, como sembrar el canto entre los llantos de la vida. El canto aún se proyecta como un refrán que enreda; da sentido a la realidad y a los sufrimientos que el pueblo soporta, y que no son eternos.

Existe un presentimiento de otro tiempo; a la vez, el pueblo se pone en vigilia. A veces, el mismo se apura y se rebela; entonces, vuelve atrás castigado; por un rato, atiende heridas, pero el canto vuelve aún más fuerte, envolviendo la vida y, a los nuevos sufrimientos los incluye como un aporte en el camino de la libertad.

La verdadera libertad siempre viene del Señor; pero antes, pasa por las experiencias que confunden y, a veces, por los intereses que comprometen más aún; y todo es para que se aclare lo trascendental, hasta que renazca una nueva luz que llevaría a los pueblos por el camino, con frecuencia, oculto

para los ojos del hombre.

Sin embargo, como es del Señor, en algún momento, lleva aún más allá de lo que el hombre previene; es que el alcance es realmente imprevisible, tanto en el tiempo, como por lo que podría significar el cambio para el pueblo.

Los pueblos, en la medida en que vayan tomando conciencia de su opresión, pueden llegar a solidarizarse en medio de sus conflictos. Hay una luz que les va uniendo en el tiempo, hay una realidad que les identifica, para sellar la unión. Cuando la opresión es grande, la solidaridad llega a ser casi heroica, pero todo lleva su tiempo.

Tendrán sus perseguidos y mártires, aparecerán los líderes; no todos serán verdaderos ni indicarán un recto camino; a la vez, aparecerán los enviados del Señor para poder anunciar la salvación; en algún momento, luego de las búsquedas, el pueblo los reconocerá y encontrará a su Dios.

Llegará la hora, cuando el pueblo no use las armas; quizás, luego de muchos intentos, soñará en el día de la liberación, como esperando un turno.

Alguien puede preguntar si a ese tiempo se puede prevenir de veras; es difícil verlo, en medio de la visión humana, pero es cierto que la hora de la liberación estará avisada por el Señor y muchos la verán, cuando Él quiera que la vean; pues Él sigue preparando al pueblo para ese anuncio.

La liberación viene como un parto en los tiempos previstos por Él. Mientras los oprimidos permanecen confiados, se van derrumbando sus opresores; porque las cosas del hombre no son para siempre.

#### d. LA HISTORIA DE UN PUEBLO QUE SE VA ENCONTRANDO

La historia comienza por Abrahán, Padre del Pueblo elegido.

Él responde al llamado del Señor; llega a la tierra prometida y en el silencio de los tiempos, se sella la Gran Alianza entre el Señor, Abrahán y sus descendientes.

Así el Señor inicia su tiempo; tan sólo Él lo comprende, y a los hombres les queda la fe.

Los hijos de Jacob abandonan la tierra del Señor; a la hora de hambre, se trasladan a Egipto donde se establecen.

Al comienzo están bien, pero sólo por un tiempo; no tendrán su tierra y aún menos, que se la diese el Señor.

Allí, empieza la esclavitud que les pesará mucho, hasta que se ponga insoportable.

Los cuatrocientos años de la estadía en Egipto, encierran la vida del pueblo que va llegando a la esclavitud cada vez más pesada. A la vez, resguarda con seguridad, las experiencias de los intentos de liberación; son los tiempos de la búsqueda y del crecimiento, para iniciar la esperada salida que abriría un nuevo camino. Pero la salida de Egipto no termina con la esclavitud, sino que es como comenzar por lo más urgente.

Vendrá el camino por el desierto que será fundamental.

Sería el tiempo de paciencia, de humildad, de confianza, para volver al Señor y confiar en Él, hasta diría ciegamente; pues, cuando el hombre no ve, es mejor que confíe en el Señor.

El análisis de ese camino sería provechoso para aquellos, que despiertan los sueños y juntan las esperanzas, aún después de los intentos para liberarse, a pesar de ser inmaduros.

Muchos no se dan cuenta de que la gran salida de Egipto, es apenas el comienzo de un camino a la tierra prometida; y la tierra está lejos, por más que en algún momento, ya está al alcance de las manos.

El pueblo llegará a la tierra prometida.

A pesar de que en ella están otros pueblos, la tierra pertenece

al Señor. Mientras tanto, el pueblo empieza las guerras para conquistar la tierra; es que, en medio de la migración, hay un camino que sólo el Señor lo comprende.

Cuando reciban la tierra, la usarán como el don del Señor. En ella, podrán comer pan; y para que no haya pobres, y que tengan lo que necesiten para vivir, nadie puede adueñarse de la tierra del Señor.

Sin embargo, la historia reconoce ese proyecto como un gran sueño, y la realidad será otra. El pueblo lo entiende sólo por un tiempo; parece que no les sirvió la esclavitud ni les valió el camino por el desierto.

Los sueños de una tierra de paz y de justicia, quedan para otros tiempos; pero igual, está claro que el Señor previene el verdadero cambio, en medio de una tierra prometida, con un pueblo elegido.

Ese pueblo pasará por muchas desgracias.

No obstante, recibirá al mismo Jesús, el Salvador que viene a su pueblo y quiere salvar a todo el mundo.

El pueblo entiende que el Mesías restablecerá el reino en este mundo. Y Jesús casi no habla de eso; si bien, enseña sobre la nueva tierra en el sentido espiritual, aún queda algo más para preguntar por la tierra prometida en este mundo.

Jesús no se expresa sobre la urgencia del pueblo o quizás, no lo hace de modo directo. No obstante, del sueño de la tierra y del pueblo que pasa por la esclavitud y el desierto, se inicia la búsqueda de la tierra prometida; mientras que los llamados lo ven, el pueblo lo presiente.

Hoy en día, sabemos un poco más sobre el regreso a la tierra, a la vez, frente a aquellos que la abandonan, viene como un presentimiento que hay que hallarse en la tierra del Señor.

Por el momento, no vemos cómo ni cuándo, y quizás no sea tan lejos para que lo hagamos. Pero frente las esclavitudes,

toda la humanidad se encamina al desierto, y pronto sentirá la necesidad de una nueva tierra que nace en el Señor.

¿Cuándo iniciará ese camino en la historia?; con frecuencia, no se ven las cosas que son claras; y cuando todas las ven, es porque han crecido, se han hecho grandes.

Han pasado muchas cosas, y muchas están por venir.

La humanidad tiene su cruz y sus desesperaciones.

El mundo que esclaviza es terrible; el tiempo es extraño.

Mientras pasan cosas, el hombre es cada vez más impotente.

Y parece que el hombre espera; ¿qué es lo que espera?

Quizás, que venga el Señor o envíe la Voz en su Nombre, pues ya se inicia lo que viene del Señor.

Mientras tanto, la esclavitud aún no toca el fondo y el mundo parece fuerte contra el Señor; pero todo lleva su tiempo.

Los pueblos comienzan a clamar por su liberación; y creo que ya ven a los enviados del Señor, que van a enfrentar el mundo, para anunciar la salvación en medio de la opresión.

¿Cómo?; tan sólo el Señor lo sabe e inspira.

Mientras los pueblos buscan su libertad y claman al Señor, el mundo parece decidido; no quiere escuchar a nadie y oprime aún más; y lo hará por un tiempo, hasta que todo se vuelva contra el mundo, con mucha fuerza.

Los anuncios de Moisés frente al faraón, son la imagen de lo que podría vivir el mundo en un tiempo no tan lejano; y no quiero ser una voz vacía del sentido real de esas palabras tan fuertes; pero es como si se necesitasen las opresiones, para que aparezca la claridad de la liberación del Señor.

Las tristes plagas de Egipto podrían expresar lo que llegaría al mundo que domina por su cuenta, con un dios en la boca. Parece que eso debe ocurrir; es que el Señor es el último que habla; recién entonces, el hombre se calla.

¿Qué desierto nos espera, para que el Señor nos salve?

Si aún no hemos llegado al desierto, la esclavitud sigue como una ola que nos arrasa; si se muestra como epidemia, aún no hay quien la frene; por eso, pasan muchas desgracias en un tiempo muy difícil para la humanidad.

No obstante, no hay otro camino para el hombre, mientras la esclavitud cubre casi toda la tierra.

Mientras tanto, el grito del pueblo llega a los Cielos, con la fuerza muy potente, y conmueve al Señor.

Los profetas están en el desierto de la vida.

Como los centinelas, adelantan el paso de los pueblos.

El Señor quiere que estén en el camino, y cuando llegue la hora, que sepan mostrar su Obra en el mundo.

Si viven en el desierto, mañana estarán frente a los pueblos, para abrir el paso que viene del Señor.

¡Tierra prometida en los corazones de los esclavos!

Hace tiempo que estás y eres más que un sueño.

¡Tierra inspirada por el Señor, en aquellos que se despiertan!

Si bien, la esclavitud se prolonga, tú, Señor, haces crecer la esperanza; a pesar de que el tiempo parece lejano, todo llega, ya está en los corazones que se van abriendo.

Fueron al desierto Moisés, Elías y Juan el Bautista; bendicen esta hora; el Señor prepara al pueblo para el encuentro, y los pueblos llegan a la hora del Señor.

Los vientos siguen soplando; son los del Espíritu, despiertan a los pueblos de un sueño profundo.

Es la hora para volver al Señor; entonces, se abre el camino a la tierra prometida, donde Él espera desde hace tiempos.



Prefacio	3
1. Fui un esclavo	5
a. nací en la tierra de un dios extraño	5
b. ¿cómo el Señor iba a esclavizar?	6
c. entre mi Pueblo y mi vida	8
d. mi Pueblo ya no canta	10
2. El desierto	13
a. un corazón rebelde	13
b. se abre el desierto	15
c. la nueva tierra	17
d. sigo volviendo a lo de antes	20
3. Frente al Faraón	23
a. ¿cómo podría volver?	23
b. hay un nuevo tiempo para entender lo que el Señor espera	25
c. vengo de parte del Señor	27
4. Por el Pueblo de mi Señor	31
a. el recuerdo de la Tierra Prometida	31
b. se abre el camino	32
c. el Señor y el desierto	33
d. la purificación	35
5. Acuérdate, Señor, de nuestros tiempos	39
a. busco mi libertad	39
b. Te busco desde el mundo de mis opresores	42
c. la libertad de los pueblos	44
d. la historia de un Pueblo que se va encontrando	47

